

Un segundo aspecto trata sobre la cultura política. Los movimientos construyen en la experiencia, consciente o inconscientemente, una cultura política propia y futuros alternativos. James C. Scott (2007; 1998) plantea que en los espacios sociales desligados del poder los subordinados construyen discursos de resistencia ocultos, que terminan por manifestarse abiertamente, aunque disfrazados. Estos discursos ocultos son formas de insubordinación que pueden llamarse “la infrapolítica de los desvalidos”; es decir, estrategias de insubordinación, a veces inconscientes, para oponerse a las herramientas de legibilidad, legitimidad y consenso de los dominadores (2007: 22).

Erik R. Wolf (2001), en su libro *Figuras del poder, ideologías de dominación y crisis*, dice que la cultura, como constructo de valores, comportamientos, visiones del mundo, ideologías y experiencias, tiene que dinamizarse para modificar las relaciones sociales de dominación. Los movimientos que se han venido manifestando en México son heterogéneos. Sin embargo, no siempre la pluralidad se presenta como cualidad, a pesar de las teorías en boga sobre la diferencia. Puede ser al contrario, un freno, un obstáculo para alcanzar la unidad de acción. Existen movimientos que sustentan culturas diferenciadas. Para entenderlas, la cultura de los movimientos sociales debe adjetivarse (López y Tamayo, 2013). Hay culturas definidas por preceptos religiosos, sean hegemónicos o ancestrales, mientras otras navegan, o bien en la heteronomía, o bien en la búsqueda de la pureza autonómica. Unos podrán perderse en las redes de manipulación del poder, otros podrán construir identidades sectarias y cerradas. No todos los movimientos, en consecuencia, se presentan democráticamente, ni por ser de izquierda ni por ser de derecha. En este sentido, constan diferentes prácticas y razonamientos para establecer vínculos con los partidos políticos, y en general, con la política. Unos rechazan totalmente vincularse, al generalizar la aseveración de que son corruptos; otros reclaman

la necesidad de construir partidos independientes, autónomos del poder y del sistema de partidos institucionalizados, pero aún son demasiado débiles y reducidos como para impactar en la esfera política.

Finalmente, en esta clasificación, existe un tercer aspecto de la importancia de la participación política, de acuerdo con la literatura. Como hemos visto al referirnos a la noción de cultura política de los movimientos sociales, un punto central estriba en adentrarse, de nueva cuenta y con una perspectiva distinta, en las formas simbólicas de la cultura política y en la construcción de las identidades colectivas de los movimientos, pero siempre con un matiz crítico, para evitar el análisis complaciente y la apología. En esta etapa, los estudios sobre ciudadanía y movimientos sociales, a raíz de la experiencia mexicana, han vinculado los movimientos sociales con partidos políticos, activistas, militantes, y en general, con la política. El tema de la participación ciudadana se ha coligado con la participación política, y a diferencia de los análisis de la década anterior, el esfuerzo se ha hecho en el sentido de comprender los vínculos contradictorios entre participación institucionalizada y no institucionalizada, es decir, entre partidos políticos institucionalizados, movimientos sociales y la crítica de la democracia (Moreno, 2013; Pérez, 2011; Tamayo, 2010; Lara y Hernández, 2014; Figueroa y Martínez, 2014; Goirand, 2015; Rodríguez, 2014; Valdés y Maldonado, 2014).

Consideraciones finales

En este artículo hemos querido hacer hincapié en una interpretación transgresiva de la ciudadanía, que rebasa los límites contenidos en los marcos institucionales y refleja fehacientemente un proceso autonómico, en el que la participación no es únicamente individual sino colectiva. En particular, nos interesaba mostrar la discusión teórica que la fundamenta,